EL SENTIDO RELIGIOSO EN LA POESIA DE CARMEN CONDE

Como el sentido religioso, la Poesía es en sí misma consustancial con el ser, independientemente de todo dogma o escuela, y aun por encima de la exteriorización o manifestación. Como el sentido religioso, la Poesía es una íntima manera de comportarse el alma, una especial estructura de lo espiritual. Y cuanto menos sea así, más resultará necesario *lo retórico* al expresarla. Así también, a veces, cuanto menos acendradamente religiosa es un alma, más precisa adherirse a los andadores de una materialización de dogma. Igual que de los de la Etica pragmática, se precisa más cuanto menos intuitiva o entrañablemente moral es el hombre.

En su sentido religioso, la Poesía se enformula en la cifra diáfana de una esencialidad divina. Lo lírico (ejemplificando: Shelley, San Juan, Keats), ¿es acaso diverso de lo religioso? "Aquí el alma navega", como en la oda a Salinas, y "viste de hermosura y luz no usada". Bien puede considerarse, en todo caso, la consustancialidad de las dos formulaciones espirituales: lo religioso y lo entrañablemente lírico. Una misma y única savia escondida en la profunda vena de la vida del alma. La música de las esferas, que en neopitagóricas resonancias en su alto espíritu escuchaba el lírico de *Los nombres de Cristo,* nos persuade, no menos que los sombríos desasosiegos byronianos, de esa aspiración a lo Absoluto que es lo religioso. Eliot, a través de los sobrecogedores versos de su *East Coker,* o Juan Ramón con su Dios deseante y deseado, o Claudel, enclausulado en el dogma católico, nos tras-

ponen, como la más pura lírica, no a los idealismos vagos de atormentado subjetivismo, sino antes con semejanzas a la reciedumbre con que nos sacude el mismo *Cristo de Velázquez,* escuchando a Unamuno.

En su raíz última, en toda poesía verdadera puede rastrearse, más o menos fácilmente, un contenido religioso. Lo que la Poesía tiene de intuición divina o sobrenatural, la asemeja a este estado de gracia que es la Mística. Y si, a través de la Ascética, por vía purgativa e iluminativa, el alma anhela la Perfección, y es sólo por vía unitiva o de los elegidos por donde el místico la encuentra, muchos puntos de fusión con el fervor religioso ha de tener una poesía que en su manantío se declara como un *ansia de la Gracia.*

La obra de Carmen Conde, cuyo primer libro, por granazón y medida, podemos considerar es el que se titula como queda dicho (1), ofrece muchos aspectos al comentario de la crítica, porque su espíritu inquieto ha dado grandes dimensiones a su labor creadora. Con fundado motivo le dedicó estos párrafos el profesor Entrambasaguas, escritos con perspicacia crítica: "Carmen Conde, como el mayor portento de la taumaturgia humana, sería capaz de crear por sí misma todo el mundo intelectual, si se perdiera, y aun algo más de lo existente, si le dieran tiempo para desarrollar sus fuerzas mentales". Y con su alta autoridad de primerísimo lopista, añade: "Como en Lope de Vega—el único hombre que hallo parejo a esta mujer, como ser humano—, hallamos en cada uno de los aspectos de su obra el reflejo inconfundible de su arte, y en la mayoría de ellas una creación perfectamente lograda".

Quiero ver hoy en estas líneas, aunque en visión necesariamente rápida, ese sentido religioso que en la poesía de la autora vive, y que me parece uno de los aspectos más importantes y significativos de ella. Queden para otros estudios su pasión amorosa,

(1) Carmen Conde: *Ansia de la Gracia,* publicado en 1945 por la Colección "Adonais" (vol. XIX).

bella y castamente cantada; su goce ante la hermosura de la vida, luminosa, mediterráneamente sentido; su captación del paisaje; el examen de sus calidades expresivas.

Preocupación latente a través de todos sus libros es la de indagar en el fin y el origen del ser, la de ahondar sin límites en el fondo misterioso del alma. El tema de la muerte y el deseo de la gracia.

Los cuatro volúmenes que considero capitales en la obra de Carmen, y de los que voy a hacer algunos comentarios, son: *Ansia de la Gracia, Mujer sin Edén* (2), *Sea la luz* (3) y *Mi libro de El Escorial* (4).

El tema de la muerte, paralelamente místico y romántico, sentido como tránsito glorioso hacia una vida verdadera, o como solución final y única de una vida de angustias y vacilaciones, lo vemos en *Ansia de la Gracia* clamando, pidiendo:

¡Otro mundo, Señor, aunque no lo imagino!
.....
¡Llévate mis angustias, éntrame Tú en el tiempo
del yacer sonriente...
.....
¡Dichosa enunciación, oh don celeste
saber que el hoy termina y que me muero!

La indagación en los orígenes del hombre, en el fin y principio de toda cosa, el eterno a dónde vamos y de dónde venimos, lo tenemos también en este libro:

¿Te sentiré decirme qué quisiste al hacerme
y cuánto que esperabas de mí, yo no cumplí?
.....
Los secretos prefieres. Nunca Tú me revelas
a dónde van mi llanto, mi suspiro, mi queja...

Otro motivo de meditación es para el poeta el del libre albedrío frente a los designios de Dios:

¡Qué solos nos hallamos mi cuerpo y mi albedrío,
delante de la tierra que espera tu mandato.

(2) Publicado en 1947. Madrid, Ediciones "Jura".
(3) Volumen 4 de la Colección "Mensajes". Madrid, 1947.
(4) Ediciones Colegio Mayor de Santa Cruz. Valladolid, 1949.

Y como si la Mística, que es la sabiduría secreta, le tocara con su ciencia trascendida, exclama:

¡Qué soledad tan llena de gran sabiduría
la que me inunda a solas, en silencio sagrado!

Aun podría pensarse en una mística molinosista, al leer estos versos, que respiran quietismo:

Porque vivo sombría de horizontes,
árbol solo, luz sin lumbre, aguardando
sólo el final del mundo,
sólo el final.

Mujer sin Edén es un libro aún más profundamente religioso. A través de las conmovedoras páginas de la Biblia, desde el Génesis al drama del Nuevo Testamento, la mujer—Eva—pasa como amorosa sombra, amante compañera del hombre. Compañera en el dolor y castigo divino. Ayuda fiel en la fatigosa lucha sobre la tierra. Número par en el amor. Madre de los nacidos. Eva en el Paraíso. María al pie de la Cruz. Esa trayectoria: he ahí el fondo hermosísimo de este poema, en el que la autora, como mujer, siente todo el peso milenario del sexo sobre su cuerpo y su espíritu de poeta.

El inquirir en el misterio del humano destino es aquí raíz decisiva de la poesía. Se canta, en versos elegíacos, el perdido paraíso. Y la mujer mira a Dios, y le lanza preguntas que la están abrasando:

Dime ahora, Señor: ¿por qué me convertiste
en estatua de sal cuando volví los ojos?
¡Nunca admites, oh Dios, que yo quiera saber!

Nótase cómo obsesionan los temas al poeta, hasta el punto de dejarse sentir en uno y otro libro, expresados a veces casi de manera repetida, como en este último verso transcrito, y en la cita ya hecha de *Ansia de la Gracia:*

Los secretos prefieres. Nunca Tú me revelas...

Este volver los ojos a la Divinidad y quejarse con cruda amargura ante lo misterioso de los caminos de Dios, estas exclamaciones no exentas de aflicción, contenidas en *Mujer sin Edén,* re-

cuerdan, por su vehemencia y su grandiosidad, los conmovedores versículos del Libro de Job. Hasta esa muestra maravillosa de la literatura universal nos remontamos para hallar precedente de cómo un alma atormentada habla a su Creador, desde la agonía —en expresión de Unamuno—, desde su angustia.

Tropezamos también en este libro con unos poemas en que se trata el tema del fratricidio. Abel y Caín, hijos de la mujer —Eva—, que habla de ellos a Dios:

Sé por qué le miras sin amor. A Caín rechazas
por semilla de tu Jardín, sin Tú quererlo.
.....
Caín es la memoria del hálito maléfico
que me sopló la bestia para encolerizarte.
.....
No has de quererle Tú. Pero si no le quieres,
Caín será enemigo del que prefieras luego.
.....
Le olvidas por ser mío, simiente del Edén...
Abel que es de la tierra te gusta, lo conozco.
.....

Le duele la muerte de Abel, pero le duele también la maldición de Dios sobre Caín. Hay como una defensa de la parte condenada. También se hace esta defensa en *Abel Sánchez,* de Unamuno. Con ello viene a tocar Carmen en cierto modo el curso de corrientes literarias modernas—comentadas recientemente en un magnífico ensayo (5) de Carlos Clavería—que buscan nuevos valores simbólicos en la figura del fratricida.

El poema *Sea la luz* tiene una honda raíz metafísica. Las primeras estancias están dedicadas a describir la materia humana, el pobre, el miserable barro humano, que se deshace, se descompone en las frías manos de la muerte. Crudas expresiones se emplean para ello, muy del gusto surrealista, que alcanzarían parentesco con un todo apocalíptico, o con el "vanidad de vanidades" del Eclesiastés, a no ser por la nostalgia que en estos versos queda del amor, de la exaltación de la belleza física del cuerpo.

(5) Carlos Clavería: "El tema de Caín en la obra de Unamuno". Número 52 de la revista *Insula*. Madrid.

La visión de la muerte, la metafísica sensación del más allá, eleva el poema hacia lo ignoto, hacia lo entrevisto con luces de fe y sombras de duda, hasta un diálogo con la Divinidad, donde Carmen Conde vuelve a sus bellas y profundas reminiscencias bíblicas, a sus angustiosas preguntas, que flotan sin respuesta, como astros tristemente errantes en su cosmos poético:

¿Por qué revelaste a otras criaturas
aquellas intransitables sendas para mí?
.....
¿En qué día pudimos comprendernos otros y yo,
siendo idénticas cortezas de árbol,
si sólo el árbol conoce su destino?

"No será ya hora de preguntar", se dice el poeta. Mas aun inquiere:

¿Para saberse tan nada
se hubo nacido?

Vuelve al tema del libre albedrío, que apuntamos en ejemplos precedentes. Y dice:

No quise nacer, fuí nacida sin mí.
.....
He sido huésped de una materia condenada
y de su destino, ajeno a mi albedrío,
he de dar cuenta.
¡Si era ya cuerpo antes de pertenecerme!

Siente sobre sí el dolor antiguo de la Humanidad toda, de su esqueleto sustentando siglos y siglos de vida. El viejo dolor de la carne, errante y en lucha continua sobre el áspero planeta de destierro, y al pensar en la resurrección, en volver a tomar la humana vestidura de pena y llanto, torna los ojos a la Divinidad para implorar la continuidad en la pureza del alma, libre de trabas carnales, en el hermoso país de Dios, dando al olvido los fracasos y angustias terrenos.

Un misticismo panteísta no es ajeno tampoco al sentido religioso de esta poesía, y encuentra singulares ejemplos en toda una parte de *Sea la luz,* sintiéndose el poeta disuelto en todo lo creado: en las frutas, en las fuentes, en la mullida semilla, en el clamor del viento entre los árboles:

.....
Clamorosa en los álamos, infatigable de chopos;
y en cadena de nupcias,
ensalzando a la vida
desde todos los seres que pronuncian
la ávida palabra de su especie.
.....
... Voy segura al hallazgo
de mí en todo...
....
Flor embriagada yo de insectos y de aves...

Pero un libro de meditación y entraña religiosa es, todo él, *Mi libro de El Escorial.* Es el más reciente en la bibliografía de Carmen Conde, y creo que merece un comentario aun más detenido que el de los anteriores.

La Poesía aquí no toma forma de verso, sino que discurre a través de unos hondos y hermosos ensayos de prosa, escritos cabe la sombra de El Escorial.

Quería D. Miguel de Unamuno que todo español fuera a contemplar El Escorial, pero con ánimo desprevenido. Sin prejuicios políticos ni religiosos. No a buscar la sombra de Felipe, mal conocido y peor comprendido, y a figurársela, de no dar con ella.

El Escorial es piedra de toque para la sensibilidad, y singularmente para la del escritor. Curiosa experiencia sería conocer las reacciones de escritores y poetas frente a la grandiosa arquitectura. Esta experiencia la realizamos hoy, y con cuánto entusiasmado descubrimiento, en el libro de Carmen Conde, que si a través de su obra poética tenía alcanzadas cimas admirables, con estos ensayos se jerarquiza como nuestra mejor escritora contemporánea.

Es un poeta quien se enfrenta con el tema. Esto se evidencia desde el primer momento. Un poeta hondo y trascendental frente a un tema igualmente profundo. Y no creo que fallen ni el poeta ni—contra lo insinuado por cierto crítico—el tema.

Iníciase el libro con un poema que a los lectores de Carmen Conde ya nos era conocido: *Jardín de El Escorial.* Parece que la autora ha sentido la necesidad de escribir su poema más *formal,*

más riguroso de *arquitectura*. Versos alejandrinos en estrofas de cuatro, asonantadas. El jardín no es muelle ni dulce, ni romántico ni paradisíaco. Tiene una adusta majestad. No hay flores. Todo lo puebla el boj, severo y escueto, como piedra de redondo verdor. Y su severidad ha enseñado al poeta a conocerse, a identificar su verdadero norte.

Llama Carmen al primer ensayo de este libro *Una meditación más*. Pero no es ésta una meditación más, sino una singular meditación. En sus páginas surge el choque violento de una sensibilidad mediterránea con la sequedad rígida y medida. Sus ojos levantinos contrastan la belleza viva, dinámica, que inspira ansias de goce y de juventud, periplos ideales, con la belleza inmóvil de este paisaje, en el que se quisiera morir y ser enterrada frente a su hermosura hiératica, cabe la llanura impresionante.

Surge en este libro el gigante monumento como identificación con el propio paisaje. Si el suelo, la tierra, en Abantos es monte, en el valle prefirió ser arquitectura. Y hay una visión certera de Castilla, de la historia de España—con sacudimientos de epilepsia que la llevan de cumbre a abismo—, de lo que es médula de la raza.

El poeta canta una elegía a sus años junto al mar, que le infundía vanos sueños de gloria y le hacía creerse cerca de Dios, poseedora de la Gracia, cuando aquí siente el temor de ser criatura lejana de la Divinidad.

Una compenetración casi física con el paisaje, con la línea escueta, viril y soberbia; con el viento y el sol, clarísimos e hirientes, del Guadarrama, le dictan un valiente y extenso poema, en que se siente poseedora y poseída, y exclama este título: *Mío*.

Aun verá también la honda emoción de las fuentes, del agua eterna en lo fugitivo, y las cantará con una prosa, a veces de estilismos mironianos, a veces de vaga tristeza juanramoniana. De ambos hontanares poéticos surtió un día la linfa pura de la lírica de Carmen Conde, hoy robustecida con personalidad a independencia.

A la vera del inmenso y austero castillo de Felipe, otras meditaciones embargan a la autora. *Entre lo humano y lo inhumano, Con la gracia y con el destino, Romanticismo en la Mística, Acerca de la Fe.* Su espíritu inquieto, preocupado por temas trascendentes, parece que ve más claro en ellos al reconocerse frente a frente con esta grandiosidad. Valientemente, como pocos escritores se atreverían hoy a hacerlo, trata el primero de los citados con una veta nietzscheana, reviviendo ese culto a los Héroes que Carlyle restauró. Al hablar de la gracia y el sino, frente al *antidestino* de Calderón, frente a un sistematismo filosófico, considera el *sino* como revelador del anhelo cósmico que atormenta a un alma, su ansia de luz y de ascensión. Carmen tiene una idea intuitiva de la *Gracia,* ya descubierta en su poesía, un *ansia de la Gracia* que no se subordina al libre albedrío. La siente florecida de intuición mística, sin tener que pasar necesariamente por lo ascético. Como las *Coplas* de Juan de la Cruz. *Querer decir* y *tener que decir* diferencian en el artista el conocimiento adquirido y la pura inspiración: la gracia. Este segundo caso es el del auténtico poeta: la gracia es su destino. Sino que se cumple ciegamente, como en el ejemplo de Sócrates, que quince días antes de morir por la cicuta se entregaba a hacer versos, "porque siempre tuvo un sueño que se lo ordenaba". Como en el que podríamos añadir, de un joven poeta actual, que iba a ser fusilado, y en su celda penitenciaria, mientras llegaba la ejecución, escribió un libro de poemas que titula *Voz última.* Alma tocada por la gracia, quería agotar íntegramente todo su sino.

Es éste de la Gracia el más metafísico de los ensayos reunidos en *Mi libro de El Escorial.* En él se encuentra a la autora con toda la fuerza y la verdad que le impulsan a escribir sus versos. Como en otras ocasiones hemos comprobado, una ejemplar virtud de Carmen Conde brilla aquí: el ser fiel a sí misma.

Al meditar sobre la Mística, halla Carmen Conde una tangencia entre ésta y el Romanticismo. Es el tema de la muerte, mar al que van los ríos de la vida. Estudia para ello a nuestros poetas,

desde Manrique, el primer romántico. La tristeza y el cansancio que rezuma el Eclesiastés cruzan como viento de lejana raíz. Y el Hebraísmo, que se identifica con la interpretación mística de Fray Luis de León y de El Greco.

Con ser admirables las comentadas páginas, con estar plenas de intuición y de hondura, quizá las más hermosas y poéticas del libro sean las dedicadas a la fe. Una fe interior, como una luz en sí misma. Fe que no necesita signos externos para creer. Una raíz unamuniana parece vitalizar las afirmaciones de este ensayo, en el que se niega el escepticismo y se proclama la Fe como motor generador y capaz de crear. Porque estar sin fe es un estado trágico de fracaso del ser. Con encendimiento vivo está escrito este canto a ese impulso arrollador y ciego que ha de ser el fervor, la fe en Dios, en la Poesía, en un destino heroico.

He aquí cómo Carmen Conde, a través de todos sus libros, los de versos y éste de prosa, manifiesta en su poesía un entrañable sentido religioso. Su frecuente recuerdo de las páginas bíblicas es notable. La Biblia, con todo lo que implica el considerarla, a nuestro intento, ahora, como venero inagotable, lejano y perenne, de las inspiraciones que vivifican la Mística y la Ascética. Y acaso también, por gracia de la sangre mediterránea de la autora, surjan en su sensibilidad contactos ancestrales con el neuma inspirador de las doctrinas sadilitas, de que Asín tanto enseñó bellamente, y de Ibn Abbad de Ronda, del que nos queda el recuerdo manuscrito en la Biblioteca de El Escorial.

En el curso de estos comentarios he señalado nombres que estimo reveladores en la ascendencia de esta gran escritora. La Biblia y San Juan de la Cruz, en cuanto a su misticismo, su ansia de Gracia. Unamuno, en cuanto tiene de angustiosa lucha metafísica y existencial. Miró y Juan Ramón, en la belleza poética de su decir. Sobre todo ello, un encendido fervor poético, una fuerza creadora de empuje y una decidida personalidad de poeta. Por eso, la hondura de su meditación filosófica tiene siempre alas de aves líricas, alas de un ángel de gracia, con las que ascender divinamente.

LEOPOLDO DE LUIS.